

Las tres porcelanitas

Fabio Humberto Giraldo Jiménez

Uno llega a tener cosas en la casa que son tan naturales y obvias, que están siempre en el mismo sitio y más allá del tiempo de uno, aunque no las vea. Eso siempre me ocurrió con las tres miniaturas de porcelana que muy recién casados compramos mi esposa y yo, hace cuarenta años, en uno de esos múltiples almacenes de bisutería que todavía son tradición comercial en el centro de Medellín. Ella eligió dos damas victorianas, y yo un dandi un tanto más moderno, como prueba de que las diferencias en épocas de amor son pasajeras.

Para recién casados, cualquier compra para adornar la casa es amor y las cosas que se consiguen se contagian, así sea una cobija, una almohada o una acuareleta. Y así también se va llenando la casa de enseres; útiles unos, sólo para que estén ahí en su sitio, para mirarlos sin tocarlos, o útiles otros, para usarlos como escoba. En general, son más las cosas que uno va consiguiendo para adorno y para verlas, aunque no las use nunca. Y esas son las que van ocupando su sitio como si fueran dueñas de la casa. De vez en cuando se mueven para limpiarlas, pero terminan en el mismo sitio; inservibles para el uso, pero amables para la vista. Así, un cuadro, una foto familiar, un reloj viejo, una computadora ya casi en desuso, una alacena que estorba, una lámpara de pie a la que hay que hacerle esguince de futbolista, una silla atravesada, un gato que lo mira a uno como intruso, unas ollas que ya no sirven, pero que no se botan, unos pocillos viejos en los que el tinto sabe mejor, unas chancletas que suenan como timbales, unos zapatos que por su vejez se acomodan a los dedos, una pijama tan usada que es transparente, una pantaloneta deshilachada pero cómoda, un televisor que no es para uno,



Daniel Felipe Escobar Velásquez. *Ontología/ "Al César lo que es del César" #2. Moneda, Cuero repujado. 2016*

19

pero que hay que tenerlo para las visitas, un equipo de sonido que suena gangoso, pero que pone la música que a uno le gusta, una llave de agua que siempre gotea, algunas matas que se conservan solas, unos libros que compró hace años y que ya no leerá, un colchón que molesta por los baches, pero que está lleno de recuerdos, un armario lleno de ropa que ya no le queda, pero no regala, unos grillos que chillan toda la noche, unos pichones que te despiertan antes de tiempo. Y aún, llega uno a familiarizarse con las cucarachas y las hormigas, pactando una especie de cese al fuego bilateral.

Son las cosas de la casa que no se ven, pero que viven con uno y sin las cuales uno no es uno y a las cuales espera encontrar siempre que abre la puerta.

Pero ocurrió que dos días después de jubilado y con los músculos tensos aún para el trabajo,



Daniel Felipe Escobar Velásquez. *Una y tres formas de ver un objeto inútil/Estuche para una escalera. 2013*

pero sin nada que hacer, me dio por arreglar la casa con la torpeza de quien sólo ha sido oficinista. Cogí una escobilla y limpié la biblioteca, y de pronto me pareció que las tres porcelanitas estaban empolvadas. Se trata, como he dicho, de dos damas inglesas victorianas que ya tenían, al menos en mi casa, cuarenta años de vida digna luciendo sus atuendos cortesanos, con sombreros enflorados, talle ceñido, senos

apechugados y faldas hasta el suelo y con ese rostro que suelen lucir las reinas vírgenes, y de un dandi con bombín y una sombrilla en que se apoyaba coquetamente con la indiferencia y la seguridad del que las tiene a todas.

Pues bien; limpié a las damas con la donosura con la que debe hacerse para esa suave belleza porcelanizada. Pero, en un maldito descuido, se me cayó el dandi. Sinceramente, se me acabó la jubilación porque sentí que había destruido la mitad de la casa y, por supuesto, cuarenta años de matrimonio, porque sabiendo como sé que las mujeres tienen la petrificada idea de que cada cosa tiene lugar propio y natural que no cambia, como decía Aristóteles, entré en auténtico pánico.

Pero, armado de valor, busqué el modo de restablecer el terremoto y traté de pegar las partes del caballero inglés. Torpe en asuntos de artesanía, no sólo me pinché con una de las puntas, sino que lo dejé chueco y sin sombrilla y, aun así, y con el miedo intacto, me aperé de marrullería y recibí a mi esposa con las mejores zalamerías tratando de que no mirara hacia el desastre.

Fue imposible, porque no hay nadie en el mundo más territorial y curioso que una mujer y un gato. En un solo golpe de vista vio al dandi cojo y *descoquetado*.

Pues bien, amigos míos, todavía estoy expiando la culpa porque no me aceptó la mentira de que el culpable había sido el gato, con quien las tres porcelanitas habían convivido amablemente durante muchos años, ni mi argumento defensivo de que estaba más enamorada del dandi que de mí.

Fabio Humberto Giraldo Jiménez fue docente, director del Instituto de Estudios Políticos y de Posgrados de la Universidad de Antioquia.